

PARTE SEGUNDA  
DEL INGENIOSO HIDALGO  
DON QUIXOTE  
DE LA MANCHA.

---

CAPÍTULO XXIV.

*Donde se cuentan mil zarandajas tan impertinentes, como necesarias al verdadero entendimiento desta grande historia.*

Dice el que traduxo esta grande historia del original de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli, que llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesinos, en el márgen dél estaban escritas de mano del mesmo Hamete estas mismas razones:

*No me puedo dar á entender, ni me puedo persuadir, que al valeroso Don Quixote le pasase puntualmente todo lo que en el antecedente capítulo queda escrito. La razon es, que todas las aventuras*

hasta aquí sucedidas han sido contingibles y verisímiles; pero esta desta cueva no le hallo entrada alguna para tenerla por verdadera, por ir tan fuera de los términos razonables. Pues pensar yo, que Don Quixote mintiese, siendo el mas verdadero hidalgo y el mas noble caballero de sus tiempos, no es posible: que no dixera él una mentira si le asociaran. Por otra parte considero, que él la contó y la dixo con todas las circunstancias dichas, y que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran máquina de disparates, y si esta aventura parece apócrifa, yo no tengo la culpa, y así sin afirmarla por falsa ó verdadera, la escribo. Tú, lector, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere, que yo no debo, ni puedo mas, puesto que se tiene por cierto, que al tiempo de su fin y muerte dicen, que se retrató della, y dixo, que él la había inventado por parecerle que convenia y quadraba bien con las aventuras que había leído en sus historias. Y luego prosigue diciendo:

Espantóse el primo así del atrevimiento de Sancho Panza, como de la pácienza de su amo, y juzgó que del contento que tenia de haber visto á su señora Dulcinea

del Toboso, aunque encantada, le nacia aquella condicion blanda que entónces mostraba, porque si así no fuera, palabras y razones le dixo Sancho, que merecian morderle á palos, porque realmente le pareció que había andado atrevidillo con su señor, á quien le dixo: yo, señor Don Quixote de la Mancha, doy por bien empleadísima la jornada que con Vuesa Merced he hecho, porque en ella he grangeado quatro cosas. La primera, haber conocido á Vuesa Merced, que lo tengo á gran felicidad. La segunda, haber sabido lo que se encierra en esta cueva de Montesinos, con las mutaciones de Guadiana, y de las lagunas de Ruidera, que me servirán para el *Ovidio Español*, que traygo entre manos. La tercera, entender la antigüedad de los naypes, que por lo ménos ya se usaban en tiempo del Emperador Carlo Magno, segun puede colegirse de las palabras que Vuesa Merced dice que dixo Durandarte, quando al cabo de aquel grande espacio que estuvo hablando con él Montesinos, él despertó diciendo: paciencia y bajar. Y esta razon y modo de hablar no la pudo aprender encantado, sino quando no lo estaba en Francia y en tiempo del referido Emperador Carlo Magno. Y

esta averiguacion me viene pintiparada para el otro libro que voy componiendo, que es *Suplemento de Virgilio Polidoro en la invencion de las antigüedades*, y creo que en el suyo no se acordó de poner la de los nappés, como la pondré yo ahora, que será de mucha importancia, y mas alegando autor tan grave y tan verdadero como es el señor Durandarte. La quarta es, haber sabido con certidumbre el nacimiento del río Guadiana, hasta ahora ignorado de las gentes. Vuesa Merced tiene razon, dixo Don Quixote; pero querria yo saber, ya que Dios le haga merced de que se le dé licencia para imprimir esos sus libros, que lo dudo, á quien piensa dirigirlos. Señores y Grandes hay en España á quien puedan dirigirse, dixo el primo. No muchos, respondió Don Quixote, y no porque no lo merezcan, sino que no quieren admitirlos, por no obligarse á la satisfacion que parece se debe al trabajo y cortesia de sus autores. Un Principe conozco yo, que puede suplir la falta de los demas con tantas ventajas, que si me atreviera á decirlas, quizá despertara la invidia en mas de quatro generosos echos; pero quédese esto aqui para otro tiempo mas comodo, y vamos á buscar adonde

recogernos esta noche. No lejos de aquí, respondió el primo, está una ermita, donde hace su habitacion un ermitaño, que dicen ha sido soldado, y está en opinion de ser un buen christiano, y muy discreto y caritativo ademas. Junto con la ermita tiene una pequeña casa, que él ha labrado á su costa; pero con todo, aunque chica, es capaz de recibir huéspedes. ¿Tiene por ventura gallinas el tal ermitaño? preguntó Sancho. Pocos ermitaños están sin ellas, respondió Don Quixote, porque no son los que agora se usan, como aquellos de los desiertos de Egipto, que se vestian de hojas de palma, y comian raices de la tierra. Y no se entienda que por decir bien de aquellos, no lo digo de aquestos, sino que quiero decir, que al rigor y estrechez de entónces no llegan las penitencias de los de agora; pero no por esto dexan de ser todos buenos, á lo ménos yo por buenos los juzgo, y quando todo corra turbio, ménos mal hace el hipócrita que se finge bueno, que el público pecador. Estando en esto, viéron que hacía donde ellos estaban, venia un hombre á pie, caminando apriesa, y dando varazos á un macho, que venia cargado de lanzas y de alabardas. Quando llegó á ellos los salu-

dó; y pasó de largo. Don Quixote le dixo: buen hombre, deteneos, que parece que vais con mas diligencia que ese macho ha menester. No me puedo detener, señor, respondió el hombre, porque las armas que veis que aqui llevo, han de servir mañana; y así me es forzoso el no detenerme, y á Dios. Pero si quisieredes saber para que las llevo, en la venta, que está mas arriba de la ermita, pienso alojar esta noche, y si es que haceis este mismo camino, allí me hallaréis, donde os contaré maravillas, y á Dios otra vez, y de tal manera aguijó el macho, que no tuvo lugar Don Quixote de preguntarle, que maravillas eran las que pensaba decirles, y como él era algo curioso y siempre le fatigaban deseos de saber cosas nuevas, ordenó que al momento se partiesen, y fuesen á pasar la noche en la venta, sin tocar en la ermita, donde quisiera el primo que se quedarán. Hízose así, subieron á caballo y siguiéron todos tres el derecho camino de la venta, á la qual llegaron un poco antes de anochecer. Dixo el primo á Don Quixote, que llegasen á la ermita á beber un trago. Apenas oyó esto Sancho Panza, quando encaminó el rucio á ella, y lo mismo hicieron Don Quixote y el pri-

mo; pero la mala suerte de Sancho parece que ordenó que el ermitaño no estuviese en casa, que así se lo dixo una sotarmitaño, que en la ermita hallaron. Pidieronle de lo caro. Respondió que su señor no lo tenia; pero que si querian agua barata, que se la daria de muy buena gana. Si yo la tuviera de agua, respondió Sancho, pozos hay en el camino, donde la hubiera satisfecho. Ah bodas de Camacho y abundancia de la casa de Don Diego, y quantas veces os tengo de echar ménos! Con esto dexaron la ermita y picaron hácia la venta, y á poco trecho toparon un mancebito, que delante dellos iba caminando, no con mucha priesa, y así le alcanzaron. Llevaba la espada sobre el hombro, y en ella puesto un bulto, ó envoltorio, al parecer de sus vestidos, que al parecer debian de ser los calzones, ó gregüescos y herruelo y alguna camisa, porque traia puesta una ropilla de terciopelo con algunas vislumbres de raso, y la camisa de fuera: las medias eran de seda, y los zapatos cuadrados á uso de corte: la edad llegaria á diez y ocho, ó diez y nueve años, alegre de rostro y al parecer ágil de su persona: iba cantando seguidillas para entretener el trabajo del ca-

mino. Quando llegaron á él , acababa de cantar una , que el primo tomó de memoria , que dicen que decía:

*Ala guerra me lleva  
mi necesidad,  
si tuviere dineros,  
no fuera en verdad.*

El primero que le habló fué Don Quixote , diciéndole : muy á la ligera camina Vuesa Merced , señor galán ¿ y adonde bueno? sepamos , si es que gusta decirlo. Á lo que el mozo respondió : el caminar tan á la ligera , lo causa el calor y la pobreza , y el adonde voy es á la guerra. ¿ Como la pobreza? preguntó Don Quixote , que por el calor bien puede ser. Señor , replicó el mancebo , yo llevo en este envoltorio unos gregüescos de terciopelo , compañeros desta ropilla , si los gasto en el camino , no me podré honrar con ellos en la ciudad , y no tengo con que comprar otros : y así por esto , como por orzarme voy desta manera , hasta alcanzar unas compañías de infanteria , que no están doce leguas de aquí , donde asentaré mi plaza , y no faltarán bagages en que caminar de allí adelante hasta el embarcadero , que dicen

ha de ser en Cartagena , y mas quiero tener por amo y por señor al Rey y servirle en la guerra , que no á un pelon en la corte. ¿ Y lleva Vuesa Merced alguna ventaja por ventura? preguntó el primo. Si yo hubiera servido á algun Grande de España , ó algun principal personaje , respondió el mozo , á buen seguro que yo la llevara , que eso tiene el servir á los buenos , que del tinelo suelen salir á ser Alférez , ó Capitanes , ó con algun buen entretenimiento ; pero yo , desventurado , servi siempre á catariberas , y á gente advenediza de racion y quitacion tan misera y atenuada , que en pagar el almidonar un cuello se consumia la mitad della , y seria tenido á milagro , que un page aventurero alcanzase alguna siquiera razonable ventura. Y dígame por su vida , amigo , preguntó Don Quixote ¿ es posible que en los años que sirvió no ha podido alcanzar alguna librea? Dos me han dado , respondió el page ; pero así como el que se sale de alguna religion ántes de profesar le quitan el hábito , y le vuelven sus vestidos , así me volvian á mí los míos mis amos , que acabados los negocios á que venian á la corte , se volvian á sus casas , y recogian las libreas que por sola ostentacion habian

dado. Notable espilorchería, como dice el Italiano, dixo Don Quixote; pero con todo eso tenga á felice ventura el haber salido de la corte con tan buena intencion como lleva, porque no hay otra cosa en la tierra mas honrada, ni de mas provecho, que servir á Dios primeramente y luego á su Rey y Señor natural, especialmente en el exercicio de las armas, por las quales se alcanzan, si no mas riquezas, á lo ménos mas honra, que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces, que puesto que han fundado mas mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no sé que los de las armas á los de las letras, con un sí sé que de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja á todos. Y esto que ahora le quiero decir, llévelo en la memoria, que le será de mucho provecho y alivio en sus trabajos, y es, que aparte la imaginacion de los sucesos adversos que le podrán venir, que el peor de todos es la muerte, y como esta sea buena, el mejor de todos es el morir. Preguntáronle á Julio César, aquel valeroso Emperador romano, qual era la mejor muerte. Respondió, que la impensada, la de repente y no prevista: y aunque respondió como gentil y ageno del conocimiento del

verdadero Dios, con todo eso dixo bien, para ahorrarse del sentimiento humano, que puesto caso que os maten en la primera faccion y refriega, ó ya de un tiro de artillería, ó volado de una mina; que importa? todo es morir y acabóse la obra, y según Terencio, mas bien parece el soldado muerto en la batalla, que vivo y salvo en la huida, y tanto alcanza de fama el buen soldado, quanto tiene de obediencia á sus Capitanes y á los que mandar le pueden: y advertid, hijo, que al soldado mejor le está el oler á pólvora, que á algalia, y que si la vejez os coge en este honroso exercicio, aunque sea lleno de heridas y estropeado, ó coxo, á lo ménos no os podrá coger sin honra, y tal que no os la podrá menoscabar la pobreza: quanto mas que ya se va dando órden como se entretengan y remedien los soldados viejos y estropeados, porque no es bien que se haga con ellos lo que suelen hacer los que ahorran y dan libertad á sus negros, quando ya son viejos y no pueden servir, y echándolos de casa con titulo de libres, los hacen esclavos de la hambre, de quien no piensan ahorrarse, sino con la muerte: y por ahora no os quiero decir mas, sino que subais á las ancas deste mi ca-

ballo, hasta la venta, y allí cenaréis con vuestro amigo, y por la mañana seguiréis el camino, que os le dé Dios tan bueno, como vuestros deseos merecen. El page no aceptó el convite de las ancas, aunque sí el de cenar con él en la venta, y á esta sazón dicen que dixo Sancho entre sí: válate Dios por señor; y es posible, que hombre que sabe decir tales, tantas y tan buenas cosas como aquí ha dicho, diga que ha visto los disparates imposibles que cuenta de la cueva de Montesinos? Ahora bien, ello dirá, y en esto llegaron á la venta á tiempo que anochecía, y no sin gusto de Sancho, por ver que su señor la juzgó por verdadera venta, y no por castillo como solía. No hubieron bien entrado, quando Don Quixote preguntó al ventero por el hombre de las lanzas y alabardas, el qual le respondió, que en la caballeriza estaba acomodando el macho: lo mismo hicieron de sus jumentos el sobrino y Sancho, dando á Rocinante el mejor pesebre y el mejor lugar de la caballeriza.

## CAPÍTULO XXV.

*Donde se apunta la aventura del Rebuzno y la graciosa del Titerero, con las memorables adivinanzas del mono adivino.*

No se le cocia el pan á Don Quixote, como suele decirse, hasta oír y saber las maravillas prometidas del hombre condutor de las armas. Fuele á buscar donde el ventero le habia dicho que estaba, y hallole, y díxole, que en todo caso le dixese luego lo que le habia de decir despues acerca de lo que le habia preguntado en el camino. El hombre le respondió: mas despacio y no en pie se ha de tomar el cuento de mis maravillas: déxeme Vuesa Merced, señor bueno, acabar de dar recado á mi bestia, que yo le diré cosas que le admiren. No quede por eso, respondió Don Quixote, que yo os ayudaré á todo, y así lo hizo, ahechándole la cebada y limpiando el pesebre, humildad que obligó al hombre á contarle con buena voluntad lo que le pedia, y sentándose en un poyo y Don Quixote junto á él, teniendo por senado y auditorio al primo, al page, á Sancho Panza y al ventero, comenzo á decir desta

manera : sabrán Vuesas Mercedes , que en un Lugar , que está quatro léguas y media desta venta , sucedió que á un Regidor dél , por industria y engaño de una muchacha criada suya ( y esto es largo de contar ) le faltó un asno , y aunque el tal Regidor hizo las diligencias posibles por hallarle , no fué posible. Quince dias serian pasados , segun es pública voz y fama , que el asno faltaba , quando estando en la plaza el Regidor perdidioso , otro Regidor del mismo pueblo le dixo : dadme albricias , compadre , que vuestro jumento ha parecido. Yo os las mando y buenas , compadre , respondió el otro ; pero sepamos donde ha parecido. En el monte , respondió el hallador , le vi esta mañana , sin albarda y sin aparejo alguno , y tan flaco , que era una compasion miralle : quísele antecoger delante de mí y traérosle ; pero está ya tan montaraz y tan uraño , que quando llegué á él , se fué huyendo y se entró en lo mas escondido del monte : si quereis que volvamos los dos á buscarle , dexadme poner esta borrica en mi casa , que luego vuelvo. Mucho placer me haréis , dixo el del jumento , é yo procuraré pagároslo en la mesma moneda. Con estas circunstancias todas y de la mesma

manera que yo lo voy contando , lo cuentan todos aquellos que están enterados en la verdad deste caso. En resolucion , los dos Regidores á pie y mano á mano se fuéron al monte , y llegando al lugar y sitio donde pensaron hallar el asno , no le hallaron , ni pareció por todos aquellos contornos , aunque mas le buscaron. Viendo pues que no parecia , dixo el Regidor , que le había visto , al otro : mirad , compadre , una traza me ha venido al pensamiento , con la qual sin duda alguna podremos descubrir este animal , aunque esté metido en las entrañas de la tierra , no que del monte : y es , que yo sé rebuznar maravillosamente , y si vos sabeis algun tanto , dad el hecho por concluido. ¿ Algun tanto decís , compadre ? dixo el otro : por Dios que no dé la ventaja á nadie , ni aun á los mismos asnos. Ahora lo veremos , respondió el Regidor segundo , porque tengo determinado que os vais vos por una parte del monte y yo por otra , de modo que le rodeemos y andemos todo , y de trecho en trecho rebuznaréis vos y rebuznaré yo , y no podrá ser menos sino que el asno nos oya , y nos responda , si es que está en el monte. Á lo que respondió el dueño del jumento : di-



go, compadre, que la traza es excelente y digna de vuestro gran ingenio, y dividiéndose los dos según el acuerdo, sucedió, que casi á un mesmo tiempo rebuznaron, y cada uno engañado del rebuzno del otro acudieron á buscarse, pensando que ya el jumento habia parecido, y en viéndose, dixo el perdidoso: ¿es posible, compadre, que no fué mi asno el que rebuznó? No fué sino yo, respondió el otro. Ahora digo, dixo el dueño, que de vos á un asno, compadre, no hay alguna diferencia en quanto toca al rebuznar, por que en mi vida he visto ni oido cosa mas propia. Esas alabanzas y encarecimiento, respondió el de la traza, mejor os atañen y tocan á vos, que á mí, compadre, que por el Dios que me crió, que podeis dar dos rebuznos de ventaja al mayor, y mas perito rebuznador del mundo, porque el sonido que tenéis es alto, lo sostenido de la voz á su tiempo y compas, los dexos muchos y apresurados, y en resolucion, yo me doy por vencido y os rindo la palma y doy la bandera desta rara habilidad. Ahora digo, respondió el dueño, que me tendré y estimaré en mas de aqui adelante, y pensaré que sé alguna cosa, pues tengo alguna gracia, que puesto que pensara que

rebuznaba bien, nunca entendí que llegaba al extremo que decís. Tambien diré yo ahora, respondió el segundo, que hay raras habilidades perdidas en el mundo, y que son mal empleadas en aquellos que no saben aprovecharse dellas. Las vuestras, respondió el dueño, si no es en casos semejantes como el que traemos entre manos, no nos pueden servir en otros, y aun en este plega á Dios que nos sean de provecho. Esto dicho, se tornaron á dividir y á volver á sus rebuznos, y á cada paso se engañaban y volvian á juntarse, hasta que se diéron por contraseña, que para entender que eran ellos y no el asno, rebuznasen dos veces una tras otra. Con esto doblando á cada paso los rebuznos, rodearon todo el monte, sin que el perdido jumento respondiese, ni aun por señas. Mas ¿como habia de responder el pobre y mal logrado, si le hallaron en lo mas escondido del bosque comido de lobos? Y en viéndole dixo su dueño: ya me maravillaba yo de que él no respondia, pues, á no estar muerto, él rebuznara, si nos oyera, ó no fuera asno; pero á truco de haberos oido rebuznar con tanta gracia, compadre, doy por bien empleado el trabajo que he tenido en buscarle, aunque le he

hallado muerto. En buena mano está, compadre, respondió el otro, pues si bien canta el Abad, no le va en zaga el monacillo. Con esto desconsolados y roncós se volvieron á su aldea, adonde contaron á sus amigos, vecinos y conocidos quanto les habia acontecido en la busca del asno, exagerando el uno la gracia del otro en el rebuznar, todo lo qual se supo y se extendió por los Lugares circunvecinos, y el diablo, que no duerme, como es amigo de sembrar y derramar rencillas y discordia por do quiera, levantando caramillos en el viento y grandes quimeras de nonada, ordenó, é hizo que las gentes de los otros pueblos, en viendo á alguno de nuestra aldea rebuznassen, como dándoles en rostro con el rebuzno de nuestros Regidores. Diéron en ello los muchachos, que fué dar en manos y en bocas de todos los demonios del infierno, y fué cundiendo el rebuzno de uno en otro pueblo de manera, que son conocidos los naturales del pueblo del rebuzno, como son conocidos y diferenciados los negros de los blancos: y ha llegado á tanto la desgracia desta burla, que muchas veces con mano armada y formado esquadron han salido contra los burladores los burlados á darse la batalla, sin

poderlo remediar rey, ni roque, ni temór ni vergüenza. Yo creó que mañana, ó esotro día han de salir en campaña los de mi pueblo, que son los del rebuzno, contra otro Lugar que está á dos leguas del nuestro, que es uno de los que mas nos persiguen, y por salir bien ápercibidos, llevo compradas estas lanzas y alabardas que habeis visto. Y estas son las maravillas que dixé que os habia de contar, y si no os lo han parecido, no sé otras, y con esto dió fin á su plática el buen hombre: y en esto entró por la puerta de la venta un hombre todo vestido de camuza, medias, gregüescos y jubon, y con voz levantada dixo: señor huésped: hay posada? que viene aquí el mono adivino y el retablo de la libertad de Melisendra. Cuerpo de tal, dixo el ventero, que aquí está el señor Maese Pedro, buena noche se nos apareja. Olvidábaseme de decir, como el tal Maese Pedro traia cubierto el ojo izquierdo y casi medio carrillo con un parche de tafetan verde, señal que todo aquel lado debía de estar enfermo, y el ventero prosiguió diciendo: sea bien venido Vuesa Merced, señor Maese Pedro: ¿adonde está el mono y el retablo, que no los veo? Ya llegan cerca, respondió el

todo camuza ; sino que yo me he adelantado á saber , si hay posada . Al mismo Duque de Alba se la quitara , para dársela al señor Maese Pedro , respondió el ventero : llegue el mono y el retablo , que gente hay esta noche en la venta que pagará el verle y las habilidades del mono . Sea en buen hora , respondió el del parche , que yo moderaré el precio , y con sola la costa me daré por bien pagado , y yo vuelvo á hacer que camine la carreta , donde viene el mono y el retablo , y luego se volvió á salir de la venta . Preguntó luego Don Quixote al ventero , que Maese Pedro era aquel , y que retablo y que mono traía . Á lo que respondió el ventero : este es un famoso titerero , que ha muchos dias que anda por esta Mancha de Aragon , enseñando un retablo de Melisendra libertada por el famoso Don Gayferos , que es una de las mejores y mas bien representadas historias que de muchos años á esta parte en este reyno se han visto : trae asimismo consigo un mono de la mas rara habilidad que se vió entre monos , ni se imaginó entre hombres , porque si le preguntan algo , está atento á lo que le preguntan , y luego salta sobre los hombros de su amo , y llegando al oido , le dice la respuesta de lo

que le preguntan , y Maese Pedro la declara luego , y de las cosas pasadas dice mucho mas que de las que están por venir : y aunque no todas veces acierta en todas , en las mas no yerra , de modo que nos hace creer que tiene el diablo en el cuerpo . Dos reales lleva por cada pregunta ; si es que el mono responde , quiero decir , si responde el amo por él , despues de haberle hablado al oido : y así se cree , que el tal Maese Pedro está riquísimo , y es hombre galante , como dicen en Italia , y bon compañero , y dase la mejor vida del mundo , habla mas que seis , y bebe mas que doce , todo á costa de su lengua y de su mono y de su retablo . En esto volvió el Maese Pedro , y en una carreta venia el retablo , y el mono grande y sin cola , con las posaderas de fieltro , pero no de mala cara : y apenas le vió Don Quixote , quando le preguntó : dígame Vuesa Merced , señor adivino ¿ que pexe pillamo ? ¿ que ha de ser de nosotros ? y vea aquí mis dos reales , y mandó á Sancho que se los diese á Maese Pedro , el qual respondió por el mono y dixo : señor , este animal no responde , ni da noticia de las cosas que están por venir : de las pasadas sabe algo , y de las presentes algun tanto . Voto arrus ,

dixo Sancho, no dé yo un ardiite, porque me digan lo que por mí ha pasado, porque ¿quien lo puede saber mejor que yo mesmo? y pagar yo porque me digan lo que sé; sería una gran necedad; pero pues sabe las cosas presentes, he aquí mis dos reales, y dígame el señor monísimo ¿que hace ahora mi muger Teresa Panza, y en que se entretiene? No quiso tomar Maese Pedro el dinero, diciendo: no quiero recibir adelantados los premios, sin que hayan precedido los servicios, y dando con la mano derecha dos golpes sobre el hombro izquierdo, en un brinco se le puso el mono en el, y llegando la boca al oído daba diente con diente muy aprieta, y habiendo hecho este ademán por espacio de un credo, de otro brinco se puso en el suelo, y al punto con grandísima priesa se fué Maese Pedro á poner de rodillas ante Don Quixote, y abrazándole las piernas, dixo: estas piernas abrazo, bien así como si abrazara las dos columnas de Hércules, ¡ó resucitador insigne de la ya puesta en olvido andante caballería! ¡o no jamas como se debe alabado caballero Don Quixote de la Mancha, ánimo de los desmayados, arriño de los que van á caer, brazo de los caídos, báculo y consuelo de todos los des-

dichados! Quedó pasmado Don Quixote, absorto Sancho, suspenso el primo, atónito el page, abobado el del rebuzno, confuso el ventero, y finalmente espantados todos los que oyéron las razones del tititero, el qual prosiguió diciendo: y tú, ó buen Sancho Panza, el mejor escudero y del mejor caballero del mundo, alégrate que tu buena muger Teresa está buena, y esta es la hora en que ella está rastrillando una libra de lino, y por mas señas tiene á su lado izquierdo un jarro desbocado, que cabe un buen porque de vino, con que se entretiene en su trabajo. Eso creo yo muy bien, respondió Sancho, porque es ella una bienaventurada, y á no ser zelosa, no la trocara yo por la gigante Andandona, que segun mi señor, fué una muger muy cabal y muy de pro, y es mi Teresa de aquellas que no se dexan mal pasar, aunque sea á costa de sus herederos. Ahora digo, dixo á esta sazón Don Quixote, que el que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho. Digo esto porque ¿que persuasión fuera bastante para persuadirme, que hay monos en el mundo que adivinen, como lo he visto ahora por mis propios ojos? porque yo soy el mesmo Don Quixote de la Mancha que este buen ani-

mal ha dicho, puesto que se ha extendido algún tanto en mis alabanzas; pero como quiera que yo me sea, doy gracias al Cielo, que me doró de un ánimo blando y compasivo, inclinado siempre á hacer bien á todos y mal á ninguno. Si yo tuviera dineros, dixo el page, preguntara al señor mono, qué me ha de suceder en la peregrinación que llevo. Á lo que respondió Maese Pedro (que ya se había levantado de los pies de Don Quixote) ya he dicho, que esta bestezuela no responde á lo por venir, que si respondiera, no importara no haber dineros, que por servicio del señor Don Quixote, que está presente, dexara yo todos los intereses del mundo: y agora porque se lo debo y por darle gusto, quiero armar mi retablo y dar placer á quantos están en la venta sin paga alguna. Oyendo lo qual el ventero alegre sobre manera, señaló el lugar donde se podía poner el retablo, que en un punto fué hecho. Don Quixote no estaba muy contento con las adivinanzas del mono, por parecerle no ser á propósito que un mono adivinase, ni las de por venir, ni las pasadas cosas: y así en tanto que Maese Pedro acomodaba el retablo, se retiró Don Quixote con Sancho á un rincón de la caballeriza, donde

sin ser oídos de nadie, le dixo: mira, Sancho, yo he considerado bien la extraña habilidad deste mono, y hallo por mi cuenta, que sin duda este Maese Pedro su amo debe de tener hecho pacto tácito ó expreso con el demonio. Si el patio es espeso y del demonio, dixo Sancho, sin duda debe de ser muy sucio patio: ¿pero de que provecho le es al tal Maese Pedro tener esos patios? No me entiendes, Sancho: no quiero decir, sino que debe de tener hecho algún concierto con el demonio, de que infunda esa habilidad en el mono con que gane de comer, y despues que esté rico le dará su alma, que es lo que este universal enemigo pretende: y háceme creer esto, el ver que el mono no responde sino á las cosas pasadas ó presentes, y la sabiduría del diablo no se puede extender á mas: que las por venir no las sabe, sino es por conjeturas y no todas veces, que á solo Dios está reservado conocer los tiempos y los momentos, y para él no hay pasado ni por venir, que todo es presente: y siendo esto así, como lo es, está claro que este mono habla con el estilo del diablo, y estoy maravillado, como no le han acusado al Santo Oficio, y examinádole, y sacádole de cuajo en virtud de quien adivina,

porque cierto está que este mono no es astrologo, ni su amo ni él alzan ni saben alzar estas figuras que llaman judiciarias, que tanto ahora se usan en España, que no hay mugercilla, ni page, ni zapatero de viejo que no presume de alzar una figura, como si fuera una sota de nappes del suelo, echando á perder con sus mentiras é ignorancias la verdad maravillosa de la ciencia. De una señora sé yo, que preguntó á uno destes figureros, que si una perrilla de falda pequeña que tenia, si se emprenaria y pariria, y quantos y de que color serian los perros que pariese. Á lo que el señor judiciario, despues de haber alzado la figura, respondió, que la perrica se emprenaria, y pariria tres perricos, el uno verde, el otro encarnado y el otro de mezcla, con tal condicion, que la tal perra se cubriese entre las once y doce del dia, ó de la noche, y que fuese en lúnes ó en sábado, y lo que sucedió fué, que de allí á dos dias se murió la perra de ahita, y el señor levantador quedó acreditado en el Lugar por acertadísimo judiciario, como lo quedan todos, ó los mas levantadores. Con todo eso querria, dixo Sancho, que Vuesa Merced dixese á Maese Pedro, preguntase á su mo-

no, si es verdad lo que á Vuesa Merced le pasó en la cueva de Montesinos, que yo para mí tengo, con perdon de Vuesa Merced, que todo fué embeleco y mentira, ó por lo ménos cosas soñadas. Todo podria ser, respondió Don Quixote; pero yo haré lo que me aconsejas, puesto que me ha de quedar un no sé que de escrípulo. Estando en esto llegó Maese Pedro á buscar á Don Quixote y decirle, que ya estaba en orden el retablo, que Su Merced vinjese á verle, porqué lo merecia. Don Quixote le comunicó su pensamiento, y le rogó preguntase luego á su mono le dixese, si ciertas cosas que habia pasado en la cueva de Montesinos habian sido soñadas ó verdaderas, porque á él le parecia que tenian de todo. Á lo que Maese Pedro, sin responder palabra, volvió á traer el mono, y puesto delante de Don Quixote y de Sancho, dixo: mirad, señor mono, que este caballero quiere saber, si ciertas cosas que le pasaron en una cueva llamada de Montesinos, si fueron falsas ó verdaderas, y haciéndole la acostumbra señal, el mono se le subió en el hombro izquierdo, y hablándole al parecer en el oido, dixo luego Maese Pedro: el mono dice, que parte de las co-

sas que Vuesa Merced vió, ó pasó en la dicha cueva, son falsas, y parte verisímiles: y que esto es lo que sabe, y no otra cosa; en quanto á esta pregunta: y que si Vuesa Merced quisiere saber mas, que el viérnes venidero responderá á todo lo que se le preguntare, que por ahora se le ha acabado la virtud, que no le vendrá hasta el viérnes, como dicho tiene. ¿No lo decia yo, dixo Sancho, que no se me podia asentar, que todo lo que Vuesa Merced, señor mio, ha dicho de los acontecimientos de la cueva era verdad, ni aun la mitad? Los sucesos lo dirán, Sancho, respondió Don Quixote, que el tiempo descubridor de todas las cosas no se dexa ninguna que no la saque á la luz del sol, aunque esté escondida en los senos de la tierra, y por ahora baste esto, y vámonos á ver el retablo del buen Maese Pedro, que para mí tengo que debe de tener alguna novedad. ¿Como alguna? respondió Maese Pedro, sesenta mil encierra en sí este mi retablo: dígame á Vuesa Merced, mi señor Don Quixote, que es una de las cosas mas de ver que hoy tiene el mundo, y *operibus crédite, et non verbis*, y manos á labor, que se hace tarde, y tenemos mucho que hacer: y que decir y que mostrar.

Obedecieronle Don Quixote y Sancho, y viniéron donde ya estaba el retablo puesto y descubierto, lleno por todas partes de candelillas de cera encendidas, que le hacian vistoso y resplandeciente. En llegando, se metió Maese Pedro dentro del, que era el que habia de manejar las figuras del artificio, y fuera se puso un muchacho criado del Maese Pedro, para servir de intérprete y declarador de los misterios del tal retablo: tenia una varilla en la mano con que señalaba las figuras que salian. Puestos pues todos quantos habia en la venta, y algunos en pie, frontero del retablo, y acomodados Don Quixote, Sancho, el page y el primo en los mejores lugares, el trujaman comenzó á decir lo que oirá y verá el que le oyere, ó viere el capítulo siguiente.

## CAPÍTULO XXVI.

*Donde se prosigue la graciosa aventura del Titerero con otras cosas en verdad harto buenas.*

Calláron todos Tirios y Troyanos: quierro decir, pendientes estaban todos los que el retablo miraban de la boca del declarador de sus maravillas, quando se oyé-

ron sonar en el retablo cantidad de atabales y trompetas, y dispararse mucha artilleria, cuyo rumor pasó en tiempo breve, y luego alzó la voz el muchacho, y dixo: esta verdadera historia que aquí á Vuesas Mercedes se representa, es sacada al pie de la letra de las corónicas francesas, y de los romances españoles, que andan en boca de las gentes y de los muchachos por esas calles. Trata de la libertad que dió el señor Don Gayféros á su esposa Melisendra, que estaba cautiva en España en poder de moros en la ciudad de Sansueña, que así se llamaba entonces la que hoy se llama Zaragoza: y vean Vuesas Mercedes allí como está jugando á las tablas Don Gayféros, segun aquello que se canta:

*Jugando está á las tablas Don Gayféros,  
Que ya de Melisendra está olvidado.*

Y aquel personage que allí asoma con corona en la cabeza, y cetro en las manos es el Emperador Carlo Magno, padre putativo de la tal Melisendra, el qual mo-hino de ver el ocio y descuido de su yerno, le sale á reñir: y adviertan con la vehemencia y ahinco que le riñe, que no parece sino que le quiere dar con el cetro

media docena de coscorrones, y aun hay autores que dicen, que se los dió y muy bien dados: y despues de haberle dicho muchas cosas acerca del peligro que corria su honra en no procurar la libertad de su esposa, dicen que le dixo: harto os he dicho, miradlo. Miren Vuesas Mercedes tambien, como el Emperador vuelve las espaldas, y dexa despechado á Don Gayféros, el qual ya ven como arroja impaciente de la cólera léjos de sí el tablero y las tablas, y pide apriesa las armas, y á Don Roldan su primo pide prestada su espada Durindana, y como Don Roldan no se la quiere prestar, ofreciéndole su compañía en la difícil empresa en que se pone; pero él valeroso, enojado no lo quiere aceptar; ántes dice, que él solo es bastante para sacar á su esposa, si bien estuviese metida en el mas hondo centro de la tierra, y con esto se entra á armar para ponerse luego en camino. Vuelvan Vuesas Mercedes los ojos á aquella torre que allí parece, que se presupone que es una de las torres del alcázar de Zaragoza, que ahora llaman la Aljafería, y aquella dama que en aquel balcon parece vestida á lo moro, es la sin par Melisendra, que desde allí muchas veces se ponía á mirar el ca-



mino de Francia , y puesta la imaginacion en Paris y en su esposo , se consolaba en su cautiverio. Miren tambien un nuevo caso que ahora sucede , quizá no visto jamas. ¿ No ven aquel moro , que callandico y pasito á paso , puesto el dedo en la boca se llega por las espaldas de Melisendra ? Pues miren como la da un beso en mitad de los labios , y la priesa que ella se da á escupir y á limpiárselos con la blanca manga de su camisa , y como se lamenta , y se arranca de pesar sus hermosos cabellos , como si ellos tuvieran la culpa del maleficio. Miren tambien , como aquel grave moro , que está en aquellos corredores , es el Rey Marsilio de Sansueña , el qual por haber visto la insolencia del moro , puesto que era un pariente y gran privado suyo , le mandó luego prender , y que le dén doscientos azotes , llevándole por las calles acostumbradas de la ciudad con chilladores delante y envaramiento detras : y veis aqui donde salen á executar la sentencia , aun bien apenas no habiendo sido puesta en execucion la culpa , porque entre moros no hay traslado á la parte , ni á prueba , y estése , como entre nosotros. Niño , niño , dixo con voz alta á esta sazón Don Quixote , seguid vuestra

historia línea recta , y no os metais en las curvas , ó transversales , que para sacar una verdad en limpio , menester son muchas pruebas y reprobas. Tambien dixo Mase Pedro desde dentro : muchacho , no te metas en dibuxos , sino haz lo que ese señor te manda , que será lo mas acertado : sigue tu canto llano , y no te metas en contrapuntos , que se suelen quebrar de sotiles. Yo lo haré así , respondió el muchacho , y prosiguió diciendo : esta figura , que aqui parece á caballo , cubierta con una capa gascona , es la mesma de Don Gayféros , á quien su esposa , ya vengada del atrevimiento del enamorado moro , con mejor y mas sosegado semblante se ha puesto á los miradores de la torre , y habla con su esposo , creyendo que es algun pasajero , con quien pasó todas aquellas razones y coloquios de aquel romance , que dice :

*Caballero , si á Francia ides , no  
por Gayféros preguntad.*

Las quales no digo yo ahora , porque de la prolixidad se suele engendrar el fastidio : basta ver , como Don Gayféros se descubre , y que por los ademanes alegres que Melisendra hace , se nos da á entender que ella le ha conocido , y mas ahora

que vemos se descuelga del balcon para ponerse en las ancas del caballo de su buen esposo. Mas ¡ay sin ventura! que se le ha asido una punta del faldellin de uno de los hierros del balcon, y está pendiente en el ayre, sin poder llegar al suelo. Pero veis como el piadoso Cielo socorre en las mayores necesidades, pues llega Don Gayerós, y sin mirar si se rasgará, ó no el rico faldellin, ase de ella, y mal de su grado la hace baxar al suelo, y luego de un brinco la pone sobre las ancas de su caballo á horcajadas como hombre, y la manda que se tenga fuertemente y le eche los brazos por las espaldas, de modo que los cruce en el pecho, porque no se cayga, á causa que no estaba la señora Melisendra acostumbrada á semejantes caballerías. Veis tambien como los relinchos del caballo dan señales que va contento con la valiente y hermosa carga que lleva en su señor y en su señora. Veis como vuelven las espaldas y salen de la ciudad, y alegres y regocijados toman de Paris la via. Vais en paz, ó par sin par de verdaderos amantes, llegueis á salvamento á vuestra deseada patria sin que la fortuna ponga estorbo en vuestro felice viage: los ojos de vuestros amigos y parientes os vean

gozar en paz tranquila los dias (que los de Nestor sean) que os quedan de la vida. Aquí alzó otra vez la voz Maese Pedro, y dixo: llaneza, muchacho ¡no te encumbres, que toda afectacion es mala. No respondió nada el intérprete, antes prosiguió diciendo: no faltaron algunos ociosos ojos, que lo suelen ver todo, que no viesen la baxada y la subida de Melisendra, de quien diéron noticia al Rey Marsilio, el qual mandó luego tocar al arma, y miren con que priesa, que ya la ciudad se hunde con el son de las campanas, que en todas las torres de las mezcitas suenan. Eso no, dixo á esta sazón Don Quixote, en esto de las campanas anda muy impropio Maese Pedro, porque entre moros no se usan campanas, sino atabales, y un género de dulzaynas, que parecen nuestras chirimías, y esto de sonar campanas en Sansueña, sin duda que es un gran disparate. Lo qual oido por Maese Pedro, cesó el tocar, y dixo: no mire Vuesa Merced en niñerías, señor Don Quixote, ni quiera llevar las cosas tan por el cabo, que no se le halle. No se representan por ahí casi de ordinario mil comedias llenas de mil impropiedades y disparates, y con todo eso corren fe-

licísimamente su carrera, y se escuchan, no solo con aplauso, sino con admiración y todo? Prosigue, muchacho, y dexa decir, que como yo llene mi talego, siquiera represente mas impropiedades que tiene átomos el sol. Así es la verdad, replicó Don Quixote, y el muchacho dixo: miren quanta y quan lucida caballería sale de la ciudad en seguimiento de los dos católicos amantes, quantas trompetas que suenan, quantas dulzaynas que tocan, y quantos atabales y atambores que retumban: ténome que los han de alcanzar, y los han de volver atados á la cola de su mismo caballo, que sería un horrendo espectáculo. Viendo y oyendo pues tanta morisma y tanto estruendo Don Quixote, parecióle ser bien dar ayuda á los que huían, y levantándose en pie, en voz alta dixo: no consentiré yo que en mis dias y en mi presencia se le haga superchería á tan famoso caballero y á tan atrevido enamorado como Don Gayféros: deteneos, mal nacida canalla, no le sigais, ni persigais, si no, conmigo sois en la batalla, y diciendo y haciendo desenvaynó la espada, y de un brinco se puso junto al retablo, y con acelerada y nunca vista furia comenzó á llover cuchilladas sobre

la titerera morisma, derribando á unos, descabezando á otros, estropeando á este, destrozando á aquel, y entre otros muchos tiró un altibaxo tal, que si Maese Pedro no se abaxa, se encoge y agazapa, le cercenara la cabeza con mas facilidad que si fuera hecha de masa de mazapan. Daba voces Maese Pedro, diciendo: deténgase Vuesa Merced, señor Don Quixote, y advierta que estos que derriba, destroza y mata, no son verdaderos moros, sino unas figurillas de pasta: mire pecaador de mí! que me destruye y echa á perder toda mi hacienda! Mas no por esto dexaba de menudear Don Quixote cuchilladas, mandobles, tajos y reverses como llovidos. Finalmente, en ménos de dos crédos, dió con todo el retablo en el suelo, hechas pedazos y desmenuzadas todas sus xarcias y figuras, el Rey Marsilio mal herido, y el Emperador Carlo Magno partida la corona y la cabeza en dos pedos. Alborotóse el senado de los oyentes, huyóse el mono por los tejados de la venta: temió el primo, acobardóse el page, y hasta el mesmo Sancho Panza tuvo pavor grandísimo, porque como el juró despues de pasada la borrasca, jamas habia visto á su señor con tan desatinada cólera. He-

cho pues el general destrozo del retablo, sosegóse un poco Don Quixote, y dixo: quisiera yo tener aquí delante en este punto todos aquellos que no creen, ni quierén creer de quanto provecho sean en el mundo los caballeros andantes: miren, si no me hallara yo aquí presente, que fuera del buen Don Gayféros y de la hermosa Meliséndra, á buen seguro, que esta fuera ya la hora que los hubieran alcanzado estos canes, y les hubieran hecho algun desaguizado. En resolución, viva la andante caballería sobre quantas cosas hoy viven en la tierra. Viva en hora buena, dixo á esta sazón con voz enfermiza Maese Pedro, y muera yo, pues soy tan desdichado, que puedo decir con él Rey Don Rodrigo: ayer fui señor de España, y hoy no tengo una almena, que pueda decir que es mía. No ha media hora, ni aun un mediano momento, que me vi señor de reyes y de emperadores, llenas mis caballerizas y mis cofres y sacos de infinitos caballos y de innumerables galas, y agora me veo desolado y abatido, pobre y mendigo, y sobre todo sin mi mono, que á fé que primero que le vuelva á mi poder, me han de sudar los dientes, y todo por la furia mal considerada deste señor caba-

llero, de quien se dice que ampara pupillos, y endereza tuertos, y hace otras obras caritativas, y en mí solo ha venido á fallar su intencion generosa, que sean benditos y alabados los Cielos allá donde tienen mas levantados sus asientos. En fin *el Caballero de la Triste Figura* habia de ser aquel que habia de desfigurar las mias. Enterneciósse Sancho Panza con las razones de Maese Pedro, y díxole: no llores, Maese Pedro, ni te lamentes, que me quiebras el corazon, porque te hago saber, que es mi señor Don Quixote tan católico y escrupuloso christiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algun agravio, te lo sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer con muchas ventajas. Con que me pagase el señor Don Quixote alguna parte de las hechuras que me ha deshecho, quedaria contento, y Su Merced aseguraria su conciencia, porque no se puede salvar quien tiene lo ageno contra la voluntad de su dueño, y no lo restituye. Así es, dixo Don Quixote; pero hasta ahora yo no sé que tenga nada vuestro, Maese Pedro. ¿Como no? respondió Maese Pedro: y estas reliquias que están por este duro y estéril suelo, quien las esparció y aniquiló, sino la fuerza invencible dese poderoso brazo? ¿y cuyos

eran sus cuerpos, sino míos? y con quien me sustentaba yo, sino con ellos? Ahora acabo de creer, dixo á este punto Don Quixote, lo que otras muchas veces he creído, que estos encantadores que me persiguen, no hacen sino ponerme las figuras como ellas son delante de los ojos, y luego me las mudan y truecan en las que ellos quieren. Real y verdaderamente os digo, señores que me oís, que á mí me pareció todo lo que aquí ha pasado, que pasaba al pie de la letra, que Melisendra era Melisendra, Don Gayféros Don Gayféros, Marsilio Marsilio, y Carlo Magno Carlo Magno: por eso se me alteró la cólera, y por cumplir con mi profesion de caballero andante, quise dar ayuda y favor á los que huían, y con este buen propósito hice lo que habeis visto: si me ha salido al revés, no es culpa mia, sino de los malos que me persiguen, y con todo esto deste mi yerro, aunque no ha procedido de malicia, quiero yo mismo condenarme en costas: vea Maese Pedro lo que quiere por las figuras deshechas, que yo me ofrezco á pagárselo luego en buena y corriente moneda castellana. Inclínósele Maese Pedro, diciéndole: no esperaba yo menos de la inaudita christiandad del valeroso Don

Quixote de la Mancha, verdadero socorredor y amparo de todos los necesitados y menesterosos vagamundos, y aquí el señor ventero y el gran Sancho serán medianeros y apreciadores entre Vuesa Merced y mí de lo que valen, ó podían valer las ya deshechas figuras. El ventero y Sancho dixéron que así lo harían, y luego Maese Pedro alzó del suelo con la cabeza ménos al Rey Marsilio de Zaragoza, y dixo: ya se ve quan imposible es volver á este Rey á su ser primero, y así me parece, salvo mejor juicio, que se me dé por su muerte, fin y acabamiento quatro reales y medio. Adelante, dixo Don Quixote. Pues por esta abertura de arriba abajo, prosiguió Maese Pedro, tomando en las manos al partido Emperador Carlo Magno, no sería mucho que pudiese yo cinco reales y un quartillo. No es poco, dixo Sancho. Ni mucho, replicó el ventero, médiase la partida y señálensele cinco reales. Dénsese todos cinco y quartillo, dixo Don Quixote, que no está en un quartillo mas á ménos la monta desta notable desgracia, y acabe presto Maese Pedro, que se hace hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre. Por esta figura, dixo Maese Pedro, que está sin

narices, y un ojo ménos, que es de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales y doce maravedis. Aun ahí seria el diablo, dixo Don Quixote, si ya no estuviese Melisendra con su esposo, por lo ménos en la raya de Francia, porque el caballo en que iban, á mí me pareció que ántes volaba que corria, y así no hay para que venderme á mí el gato por liebre, presentándome aquí á Melisendra desnarigada, estando la otra, si viene á mano, ahora holgándose en Francia con su esposo á pierna tendida: ayude Dios con lo suyo á cada uno, señor Maese Pedro, y caminemos todos con pie llano y con intencion sana, y prosiga. Maese Pedro que vió que Don Quixote izquierdeaba, y que volvía á su primer tema, no quiso que se le escapase, y así le dixo: esta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que la servian, y así con sesenta maravedis que me dén por ella quedaré contento y bien pagado. Desta manera fué poniendo precio á otras muchas destrozadas figuras, que despues de moderaron los dos jueces árbritos con satisfacion de las partes, que llegaron á quarenta reales y tres quartillos, y ademas desto, que luego desembolsó Sancho, pidió Maese Pedro

dos reales por el trabajo de tomar el mono. Dáselos, Sancho, dixo Don Quixote, no para tomar el mono, sino la mona, y docientos diera yo ahora en albricias á quien me dixera con certidumbre que la señora Doña Melisendra y el señor Don Gayféros estaban ya en Francia y entre los suyos. Ninguno nos lo podrá decir mejor que mi mono, dixo Maese Pedro; pero no habrá diablo que ahora le tome, aunque imagino que el cariño y la hambre le han de forzar á que me busque esta noche, y amanecerá Dios y verémonos. En resolucion, la borrasca del retablo se acabó, y todos cenaron en paz y en buena compañía á costa de Don Quixote, que era liberal en todo extremo. Antes que amaneciese se fué el que llevaba las lanzas y las alabardas, y ya despues de amanecido se viniéron á despedir de Don Quixote el primo y el page, el uno para volverse á su tierra, y el otro á proseguir su camino, para ayuda del qual le dió Don Quixote una docena de reales. Maese Pedro no quiso volver á entrar en mas dimes, ni diretes con Don Quixote, á quien él conocia muy bien, y así madrugó ántes que el sol, y cogiendo las reliquias de su retablo y á su mono, se fué tambien á buscar sus aventuras. El ven-

tero, que no conocía á Don Quixote, tan admirado le tenían sus locuras como su liberalidad. Finalmente Sancho le pagó muy bien por orden de su señor, y despidiéndose dél casi á las ocho del día, dexáron la venta y se pusieron en camino, donde los dexaremos ir, que así conviene para dar lugar á contar otras cosas pertenecientes á la declaracion desta famosa historia.

## CAPÍTULO XXVII.

*Donde se da cuenta quienes eran Maese Pedro y su mono, con el mal suceso que Don Quixote tuvo en la aventura del Rebuzno, que no la acabó como él quisiera y como lo tenia pensado.*

Entra Cide Hamete coronista desta grande historia con estas palabras en este capítulo: *Juro como católico christiano*: á lo que su traductor dice, que el jurar Cide Hamete como católico christiano, siendo él moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa, sino que así como el católico christiano quando jura, jura, ó debe jurar verdad, y decirla en lo que dixere, así él la decia, como si jurara como christiano católico, en lo que queria

escribir de Don Quixote, especialmente en decir quien era Maese Pedro, y quien el mono adivino, que traia admirados todos aquellos pueblos con sus adivinanzas. Dice pues, que bien se acordará el que hubiere leído la primera parte desta historia, de aquel Gines de Pasamonte, á quien entre otros galeotes dió libertad Don Quixote en Sierra Morena, beneficio que despues le fué mal agradecido y peor pagado de aquella gente maligna y mal acostumbrada. Este Gines de Pasamonte, á quien Don Quixote llamaba Ginesillo de Parapilla, fué el que hurtó á Sancho Panza el rucio, que por no haberse puesto el como, ni el quando en la primera parte por culpa de los impresores, ha dado en que entender á muchos, que atribuian á poca memoria del autor la falta de emprenta. Pero en resolucion Gines le hurtó, estando sobre él durmiendo Sancho Panza, usando de la traza y modo que usó Brunelo quando estando Sacripante sobre Albraca, le sacó el caballo de entre las piernas: y despues le cobró Sancho como se ha contado. Este Gines pues, temeroso de no ser hallado de la justicia, que le buscaba para castigarle de sus infinitas bellas querías y delitos, que fuéron tantos y ta-

les, que él mismo compuso un gran volumen contándolos, determinó pasarse al reyno de Aragon y cubrirse el ojo izquierdo, acomodándose al oficio de titerero, que esto y el jugar de manos lo sabia hacer por extremo. Sucedió pues, que de unos christianos ya libres, que venian de Berberia, compró aquel mono, á quien enseñó, que en haciéndole cierta señal, se subiese en el hombro, y le murmurase, ó lo pareciese, al oido. Hecho esto, ántes que entrase en el Lugar donde entraba con su retablo y mono, se informaba en el Lugar mas cercano, ó de quien él mejor podía, que cosas particulares hubiesen sucedido en el tal Lugar, y á que personas, y llevándolas bien en la memoria, lo primero que hacia, era mostrar su retablo, el qual unas veces era de una historia y otras de otra; pero todas alegres y regocijadas y conocidas. Acabada la muestra, proponia las habilidades de su mono, diciendo al pueblo, que adivinaba todo lo pasado y lo presente; pero que en lo de por venir no se daba maña. Por la respuesta de cada pregunta pedia dos reales, y de algunas hacia barato, segun tomaba el pulso á los preguntantes; y como tal vez llegaba á las casas de quien él sabia los

sucesos de los que en ella moraban, aunque no le preguntasen nada por no pagarle, él hacia la señal al mono, y luego decia, que le habia dicho tal y tal cosa, que venia de molde con lo sucedido. Con esto cobraba crédito inefable, y andábanse todos tras él: otras veces, como era tan discreto, respondia de manera, que las respuestas venian bien con las preguntas, y como nadie le apuraba, ni apretaba á que dixese, como adivinaba su mono, á todos hacia monas, y llenaba sus esqueros. Así como entró en la venta conoció á Don Quixote y á Sancho, por cuyo conocimiento le fué fácil poner en admiracion á Don Quixote y á Sancho Panza y á todos los que en ella estaban; pero hubiérale de costar caro, si Don Quixote baxara un poco mas la mano, quando cortó la cabeza al Rey Marsilio, y destruyó toda su caballeria, como queda dicho en el antecedente capitulo. Esto es lo que hay que decir de Maese Pedro y de su mono. Y volviendo á Don Quixote de la Mancha, digo, que despues de haber salido de la venta, determinó de ver primero las riberas del rio Ebro y todos aquellos contornos, ántes de entrar en la ciudad de Zaragoza, pues le daba tiempo para todo



el mucho que faltaba desde allí á las Justas. Con esta intencion siguió su camino, por el qual anduvo dos dias sin acontecerle cosa digna de ponerse en escritura, hasta que al tercero, al subir de una loma oyó un gran rumor de atambores, de trompetas y arcabuces. Al principio pensó que algun tercio de soldados pasaba por aquella parte, y por verlos picó á Rocinante, y subió la loma arriba, y quando estuvo en la cumbre, vió al pie della, á su parecer, mas de docientos hombres armados de diferentes suertes de armas, como si dixésemos, lanzones, ballestas, partesanas, alabardas y picas, y algunos arcabuces y muchas rodelas. Baxó del recuesto, y acercóse al esquadron, tanto que distintamente vió las banderas, juzgó de las colores, y notó las empresas que en ellas traian, especialmente una que en un estandarte, ó giron de raso blanco venia, en el qual estaba pintado muy al vivo un asno como un pequeño sardesco, la cabeza levantada, la boca abierta y la lengua de fuera en acto y postura como estuviera rebuznando: al rededor del estaban escritos de letras grandes estos dos versos:

*No rebuznaron en balde  
el uno y el otro Alcalde.*

Por esta insignia sacó Don Quixote, que aquella gente debía de ser del pueblo del rebuzno, y así se lo dixo á Sancho, declarándole lo que en el estandarte venia escrito. Dixole tambien, que el que les habia dado noticia de aquel caso se habia errado en decir que dos Regidores habian sido los que rebuznaron, porque segun los versos del estandarte no habian sido sino Alcaldes. Á lo que respondió Sancho Panza: señor, en eso no hay que reparar, que bien puede ser que los Regidores que entónçes rebuznaron, viniesen con el tiempo á ser Alcaldes de su pueblo, y así se pueden llamar con entrámbos titulos, quanto mas, que no hace al caso á la verdad de la historia: ser los rebuznadores Alcaldes, ó Regidores, como ellos una por una liayan rebuznado, porque tan á pique está de rebuznar un Alcalde, como un Regidor. Finalmente conociéron y supieron, como el pueblo corrido salia á pelear con otro que le corria mas de lo justo y de lo que se debía á la buena vecindad. Fuése llegando á ellos Don Quixote no con poca pesadumbre de Sancho, que nunca fué amigo de hallarse en semejantes jornadas. Los del esquadron le recogieron en medio, creyendo que era alguno de los

de su parcialidad. Don Quixote alzando la visera con gentil brío y continente llegó hasta el estandarte del asno, y allí se le pusieron al rededor todos los mas principales del ejército por verle, admirados con la admiracion acostumbrada en que caian todos aquellos que la vez primera le miraban. Don Quixote, que los vió tan atentos á mirarle, sin que ninguno le hablase ni le preguntase nada, quiso aprovecharse de aquel silencio, y rompiendo el suyo, alzó la voz y dixo:

Buenos señores, quan encarecidamente puedo os suplico, que no interrumpais un razonamiento que quiero haceros, hasta que veais que os disgusta y enfada, que si esto sucede, con la mas mínima señal que me hagais pondré un sello en mi boca, y echaré una mordaza á mi lengua. Todos le dixéron que dixese lo que quisiese, que de buena gana le escucharían. Don Quixote con esta licencia prosiguió, diciendo: yo, señores míos, soy caballero andante, cuyo exercicio es el de las armas, y cuya profesion la de favorecer á los necesitados de favor, y acudir á los menesterosos. Dias ha que he sabido vuestra desgracia, y la causa que os mueve á tomar las armas á cada paso para vengaros de

vuestros enemigos, y habiendo discurrido una y muchas veces en mi entendimiento sobre vuestro negocio, hallo segun las leyes del duelo, que estais engañados en teneros por afrentados, porque ningun particular puede afrentar á un pueblo entero, sino es retándole de traydor por junto, porque no sabe en particular quien cometió la traycion porque le reta. Exemplo desto tenemos en Don Diego Ordoñez de Lara, que retó á todo el pueblo zamorano, porque ignoraba que solo Vellido Dólfos habia cometido la traycion de matar á su Rey, y así retó á todos, y á todos tocaba la venganza y la respuesta, aunque bien es verdad que el señor Don Diego anduvo algo demasiado, y aun pasó muy adelante de los limites del reto, porque no tenia para que retar á los muertos, á las aguas, ni á los panes, ni á los que estaban por nacer, ni á las otras menudencias que allí se declaran; pero vaya, pues quando la cólera sale de madre, no tiene la lengua padre y ayo, ni freno, que la corrija. Siendo pues esto así, que uno solo no puede afrentar á reyno, provincia, ciudad, república, ni pueblo entero, queda en limpio, que no hay para que salir á la venganza del reto de la tal afrenta, pues no lo

es, porque bueno seria que se matasen á cada paso los del pueblo de la reloxa con quien se lo llama, ni los cazoleros, berengeneros, ballenatos, xaboneros, ni los de otros nombres y apellidos, que andan por ahí en boca de los muchachos y de gente de poco mas á ménos: bueno seria por cierto, que todos estos insignes pueblos se corriesen y vengasen y anduviesen continuo hechas las espadas sacabuches á qualquier pendencia por pequeña que fuese. No, no, ni Dios lo permita, ó quiera: los varones prudentes, las repúblicas bien concertadas por quatro cosas han de tomar las armas, y desenvaynar las espadas, y poner á riesgo sus personas, vidas y hacienda. La primera, por defender la fe católica, la segunda por defender su vida, que es de ley natural y divina, la tercera, en defensa de su honra, de su familia y hacienda, la quarta, en servicio de su Rey en la guerra justa, y si le quisiéremos añadir la quinta (que se puede contar por segunda) es en defensa de su patria. Á estas cinco causas como capitales se pueden agregar algunas otras que sean justas y razonables y que obliguen á tomar las armas; pero tomarlas por niñerías y por cosas que ántes son de risa y

pasatiempo, que de afrenta, parece que quien las toma, carece de todo razonable discurso: quanto mas que el tomar venganza injusta (que justa no puede haber alguna que lo sea) va derechamente contra la santa ley que profesamos, en la qual se nos manda, que hagamos bien á nuestros enemigos y que amemos á los que nos aborrecen: mandamiento, que aunque parece algo dificultoso de cumplir, no lo es sino para aquellos que tienen ménos de Dios que del mundo, y mas de carne que de espíritu, porque Jesuchristo, Dios y hombre verdadero, que nunca mintió, ni pudo, ni puede mentir, siendo legislador nuestro, dixo que su yugo era suave y su carga liviana: y así no nos habia de mandar cosa que fuese imposible el cumplirla. Así que, mis señores, Vuesas Mercedes están obligados por leyes divinas y humanas á sosegar. El diablo me llevé, dixo á esta sazón Sancho entre sí, si este mi amo no es tólogo, y si no lo es, que lo parece como un huevo á otro. Tomó un poco de aliento Don Quixote, y viendo que todavía le prestaban silencio, quiso pasar adelante en su plática, como pasara, si no se pusiera en medio la agudeza de Sancho, el qual viendo que su amo se de-

tenia, tomó la mano por él, diciendo: mi señor Don Quixote de la Mancha, que un tiempo se llamó el *Caballero de la Triste Figura*, y ahora se llama el *Caballero de los Leones*, es un hidalgo muy atentado, que sabe latin y romance como un Bachiller, y en todo quanto trata y aconseja, procede como muy buen soldado, y tiene todas las leyes y ordenanzas de lo que llaman el duelo en la uña, y así no hay mas que hacer, sino dexarse llevar por lo que él dixere, y sobre mí si lo erraren: quanto mas que ello se está dicho que es necedad correrse por solo oír un rebuzno, que yo me acuerdo quando muchacho que rebuznaba cada y quando que se me antojaba, sin que nadie me fuese á la mano, y con tanta gracia y propiedad, que en rebuznando yo, rebuznaban todos los asnos del pueblo, y no por eso dexaba de ser hijo de mis padres, que eran honradísimos, y aunque por esta habilidad era invidiado de mas de quatro de los estrados de mi pueblo, no se me daba dos ardites, y porque se vea que digo verdad, esperen y escuchen, que esta ciencia es como la del nadar, que una vez aprendida nunca se olvida: y luego puesta la mano en las narices, comenzó á rebuznar tan reciamen-



*Engraving by Antonio Caracciolo de 1780.*

*Engraving by Valera de 1780.*

te que todos los cercanos valles retumbáron; pero uno de los que estaban junto á él creyendo que hacia burla dellos, alzó un varapalo que en la mano tenía, y dióle tal golpe con él, que sin ser poderoso á otra cosa, dió con Sancho Panza en el suelo. Don Quixote, que vió tan malparado á Sancho, arremetió al que le habia dado, con la lanza sobre mano, pero fuéron tantos los que se pusieron en medio, que no fué posible vengarle, ántes viendo que llovía sobre él un nublado de piedras, y que le amenazaban mil encaradas balles-  
tas y no ménos cantidad de arcabuces, volvió las riendas á Rocinante, y á todo lo que su galope pudo se salió de entre ellos, encomendándose de todo corazón á Dios, que de aquel peligro le librase, temiendo á cada paso no le entrase alguna bala por las espaldas y le saliese al pecho, y á cada punto recogía el aliento, por ver si le faltaba, pero los del escuadrón se contentáron con verle huir sin tirarle. Á Sancho le pusieron sobre su jumento, apenas vuelto en sí; y le dexáron ir tras su amo, no porque él tuviese sentido para regirle, pero el rucio siguió las huellas de Rocinante, sin el qual nó se hallaba un punto. Alongado pues Don

Quixote buen trecho, volvió la cabeza y vió que Sancho venia, y atendióle viendo que ninguno le seguia. Los del esquadron se estuviéron allí hasta la noche, y por no haber salido á la batalla sus contrarios, se volvieron á su pueblo regocijados y alegres, y si ellos supieran la costumbre antigua de los Griegos, levantarán en aquel lugar y sitio un trofeo.

## CAPÍTULO XXVIII.

*De cosas que dice Benengeli, que las sabrá quien le leyere, si las lee con atencion.*

Quando el valiente huye, la supercheria está descubierta, y es de varones prudentes guardarse para mejor ocasion. Esta verdad se verificó en Don Quixote, el qual dando lugar á la furia del pueblo y á las malas intenciones de aquel indignado esquadron, puso pies en polvorosa, y sin acordarse de Sancho, ni del peligro en que le dexaba, se apartó tanto, quanto le pareció que bastaba para estar seguro. Seguiale Sancho, atravesado en su jumento, como queda referido. Llegó en fin ya vuelto en su acuerdo, y al llegar se dexó caer del rucio á los pies de Rocinante,

todo ansioso, todo molido y todo apaleado. Apeóse Don Quixote para catarle las heridas; pero como le hallase sano de los pies á la cabeza, con asaz cólera le dixo: tan en hora mala supistes vos rebuznar, Sancho, ¿y donde hallastes vos ser bueno el nombrar la sogá en casa del ahorcado? ¿A música de rebuznos ¿que contrapunto se habia de llevar, sino de varapalos? Y dad gracias á Dios, Sancho, que ya que os santiguaron con un palo, no os hicieron el *per signum crucis* con un alfange. No estoy para responder, respondió Sancho, porque me parece que hablo por las espaldas: subamos, y apartémonos de aquí, que yo pondré silencio en mis rebuznos; pero no en dexar de decir, que los caballeros andantes huyen, y dexan á sus buenos escuderos molidos como alheña, ó como cibera en poder de sus enemigos. No huye el que se retira, respondió Don Quixote: porque has de saber, Sancho, que la valentía, que no se funda sobre la basa de la prudencia, se llama temeridad, y las hazañas del temerario más se atribuyen á la buena fortuna, que á su ánimo: y así yo confieso que me he retirado, pero no huido, y en esto he imitado á muchos valientes que se han guar-

dado para tiempos mejores , y desto están las historias llenas : las cuales por no ser te á ti de provecho , ni á mí de gusto , no te las refiero ahora. En esto ya estaba á caballo Sancho , ayudado de Don Quixote , el qual asimismo subió en Rocinante , y poco á poco se fuéron á emboscar en una alameda , que hasta un quarto de legua de allí se parecia. De quando en quando daba Sancho unos ayes profundísimos y unos gemidos dolorosos , y preguntándole Don Quixote la causa de tan amargo sentimiento , respondió , que desde la punta del espinazo hasta la nuca del cerebro le dolía de manera que le sacaba de sentido. La causa dese dolor debe de ser sin duda , dixo Don Quixote , que como era el palo con que te diéron largo y tendido , te cogió todas las espaldas , donde entran todas esas partes que te duelen , y si mas te cogiera , mas te doliera. Por Dios , dixo Sancho , que Vuesa Merced me ha sacado de una gran duda , y que me la ha declarado por lindos términos. Cuerpo de mí ¿ tan encubierta estaba la causa de mi dolor , que ha sido menester decirme , que me duele todo todo aquello que alcanzó el palo ? Si me dolieran los tobillos , aun pudiera ser que se andu-

viera adivinando el porque me dolian ; pero dolerme lo que me molieron , no es mucho adivinar. Á la fe , señor nuestro amo , el mal ageno de pelo cuelga , y cada dia voy descubriendo tierra de lo poco que puedo esperar de la compañía que con Vuesa Merced tengo , porque si esta vez me ha dexado apalear , otra y otras ciento volverémos á los manteamientos de márras , y á otras muchacherías , que si ahora me han salido á las espaldas , despues me saldrán á los ojos. Harto mejor haria yo ( sino que soy un bárbaro , y no haré nada que bueno sea en toda mi vida ) har-to mejor haria yo , vuelvo á decir , en volverme á mi casa y á mi muger y á mis hijos , y sustentarla y criarlos con lo que Dios fuere servido de darme , y no andarme tras Vuesa Merced por caminos sin camino , y por sendas y carreras que no las tienen , bebiendo mal y comiendo peor. Pues tomadme el dormir : contad , hermano escudero , siete pies de tierra , y si quisieredes mas , tomad otros tantos , que en vuestra mano está escudillar , y tendeos á todo vuestro buen talante , que quemado vea yo y hecho polvos al primero que dió puntada en la andante caballería , ó á lo ménos al primero que quiso ser es-

cudero de tales tontos, como debieron ser todos los caballeros andantes pasados: de los presentes no digo nada, que por ser Vuesa Merced uno dellos, los tengo respeto, y por que sé que sabe Vuesa Merced un punto mas que el diablo en quanto habla y en quanto piensa. Haria yo una buena apuesta con vos, Sancho, dixo Don Quixote, que ahora que vais hablando sin que nadie os vaya á la mano, que no os duela nada en todo vuestro cuerpo. Hablad, hijo mio, todo aquello que os viniere al pensamiento, y á la boca, que á trueco de que á vos no os duela nada, tendré yo por gusto el enfado que me dan vuestras impertinencias: y si tanto deseais volveros, á vuestra casa con vuestra muger y hijos, no permita Dios que yo os lo impida: dineros teneis míos, mirad quanto ha que esta tercera vez salimos de nuestro pueblo, y mirad lo que podeis y debeis ganar cada mes, y pagaos de vuestra mano. Quando yo servia, respondió Sancho, á Tomé Carrasco, el padre del Bachiller Sansón Carrasco, que Vuesa Merced bien conoce, dos ducados ganaba cada mes, amen de la comida: con Vuesa Merced no sé lo que puedo ganar, puesto que sé que tiene mas trabajo el escudero del ca-

ballero andante, que el que sirve á un labrador, que en resolucion los que servimos á labradores, por mucho que trabajemos de dia, por mal que suceda, á la noche cenamos olla y dormimos en cama, en la qual no he dormido despues que ha que sirvo á Vuesa Merced, sino ha sido el tiempo breve que estuvimos en casa de Don Diego de Miranda, y la gira que tuve con la espuma que saqué de las ollas de Camacho, y lo que comí y bebí y dormí en casa de Basilio, todo el otro tiempo he dormido en la dura tierra al cielo abierto, sujeto á lo que dicen inclemencias del cielo, sustentándome con rajas de queso y mendrugos de pan, y bebiendo aguas ya de arroyos, ya de fuentes, de las que encontramos por esos andurriales donde andamos. Confieso, dixo Don Quixote, que todo lo que dices, Sancho, sea verdad: ¿ quanto parece que os debo dar, mas de lo que os daba Tomé Carrasco? Á mi parecer, dixo Sancho, con dos reales mas, que Vuesa Merced añadiese cada mes me tendria por bien pagado: esto es quanto al salario de mi trabajo; pero en quanto á satisfacerme á la palabra y promesa que Vuesa Merced me tiene hecha de darme el Gobierno de una Insula, seria justo que



se me añadiesen otros seis reales , que por todos serian treinta. Está muy bien , replicó Don Quixote , y conforme al salario que vos os habeis señalado , veinte y cinco dias ha que salimos de nuestro pueblo , contad , Sancho , rata por cantidad , y mirad lo que os debo , y pagaos como os tengo dicho , de vuestra mano. ¡ O cuerpo de mí ! dixo Sancho , que va Vuesa Merced muy errado en esta cuenta , porque en lo de la promesa de la Ínsula , se ha de contar desde el dia que Vuesa Merced me la prometió hasta la presente hora en que estamos. ¿ Pues que tanto ha , Sancho , que os lo prometí ? dixo Don Quixote. Si yo mal no me acuerdo , respondió Sancho , debe de haber veinte años , tres dias mas á ménos. Dióse Don Quixote una gran palmada en la frente , y comenzó á reir muy de gana , y dixo : pues no anduve yo en Sierra Morena , ni en todo el discurso de nuestras salidas , sino dos meses apénas ; y dices , Sancho , que ha veinte años que te prometí la Ínsula ? Ahora digo , que quieres que se consuma en tus salarios el dinero que tienes mio , y si esto es así y tú gustas dello , desde aquí te lo doy , y buen provecho te haga , que á trueco de verme sin tan mal escudero , holgaréme de

quedarme pobre y sin blanca. Pero dime , prevaricador de las ordenanzas escuderiles de la andante caballería ¿ donde has visto tú , ó leído , que ningun escudero de caballero andante se haya puesto con su señor en quanto mas tanto me habeis de dar cada mes porque os sirva ? Éntrate , éntrate , malandrin , follon y vestiglo , que todo lo pareces , éntrate digo , por el *mare magnum* de sus historias , y si hallares que algun escudero haya dicho , ni pensado lo que aqui has dicho , quiero que me le claves en la frente , y por añadidura me hagas quatro mamonas selladas en mi rostro : vuelve las riendas , ó el cabestro al rucio , y vuélvete á tu casa , porque un solo paso desde aquí no has de pasar mas adelante conmigo. ¡ O pan mal conocido ! ¡ ó promesas mal colocadas ! ¡ ó hombre que tiene mas de bestia que de persona ! ¿ Ahora quando yo pensaba ponerte en estado , y tal , que á pesar de tu muger te llamaran Señoría , te despides ? ¿ Ahora te vas , quando yo venia con intencion firme y valedera de hacerte Señor de la mejor Ínsula del mundo ? En fin , como tú has dicho otras veces , no es la miel &c. Asno eres , y asno has de ser , y en asno has de parar , quando se te acabe el curso de la

vida, que para mí tengo, que ántes llegaré ella á su último término, que tú caygas y des en la cuenta de que eres bestia. Miraba Sancho á Don Quixote de hito en hito, en tanto que los tales vituperios le decia, y compungióse de manera, que le vinieron las lágrimas á los ojos, y con voz dolorida y enferma le dixo: señor mio, yo confieso, que para ser del todo asno, no me falta mas de la cola, si Vuesa Merced quiere ponérmela, yo la daré por bien puesta, y le serviré como jumento todos los dias que me quedan de mi vida. Vuesa Merced me perdone, y se duela de mi mocedad, y advierta que sé poco, y que si hablo mucho, mas procede de enfermedad que de malicia, mas quien yerra y se enmienda, á Dios se encomienda. Maravillárame yo, Sancho, si no mezclaras algun refrancico en tu coloquio. Ahora bien, yo te perdono con que te enmiendes, y con que no te muestres de aqui adelante tan amigo de tu interes, sino que procures ensanchar el corazon, y te alientes y animes á esperar el cumplimiento de mis promesas, que aunque se tarda, no se imposibilita. Sancho respondió, que si haria, aunque sacase fuerzas de flaqueza. Con esto se metieron en la alameda, y Don Qui-

xote se acomodó al pie de un olmo, y Sancho al de una haya, que estos tales árboles y otros sus semejantes siempre tienen pies y no manos. Sancho pasó la noche penosamente, porque el varapalo se hacia mas sentir con el sereno. Don Quixote la pasó en sus continuas memorias; pero con todo eso diéron los ojos al sueño, y al salir del alba siguiéron su camino buscando las riberas del famoso Ebro, donde les sucedió lo que se contará en el capítulo venidero.

## CAPÍTULO XXIX.

*De la famosa aventura del barco encantado.*

Por sus pasos contados y por contar, dos dias despues que salieron de la alameda, llegaron Don Quixote y Sancho al río Ebro, y el verle fué de gran gusto á Don Quixote, porque contempló y miró en él la amenidad de sus riberas, la claridad de sus aguas, el sosiego de su curso, y la abundancia de sus líquidos cristales, cuya alegre vista renovó en su memoria mil amorosos pensamientos: especialmente fué y vino en lo que habia visto en la cueva de Montesinos, que puesto que el mono